

TIEMPOS DE INFANCIA, TIEMPOS DE INOCENCIA

Pseudónimo: David

Las anécdotas y episodios de la infancia se arremolinan en mi memoria hasta el punto de considerar aquellos años como los más felices de mi vida, tal vez porque envejezco y deseo preservar, como si de un tesoro se tratara, aquella época que suponía el inicio del largo camino que tenía por delante. Entonces el equipaje era ligero. La fantasía y los sueños no pesaban.

Evocar mi infancia es recordar mi pueblo, un pequeño municipio del delta del Ebro, al sur de Cataluña. Es oler el aroma de los pinos y eucaliptos, de la huerta repleta de bancales de arroz, de las inmutables lagunas salpicadas de flamencos y el rumor del agua corriendo por acequias y canales.

Yo provenía de una familia de panaderos. Mi padre, republicano hasta la médula era afable y trabajador. Mi madre, costurera a tiempo parcial, vivía con el objetivo de criar a sus dos hijos: yo, el mayor, delgado, sagaz y vivaracho; y mi hermano Luis, regordete, listo y risueño que me seguía a todas partes como un perrito.

Mi mejor amigo se llamaba Pedro, hijo de albañil, un poco soñador y que solía pagar los platos rotos de las travesuras que hacíamos. Nos conocimos en la escuela y poco a poco se forjó una gran amistad entre ambos. Nos hicimos inseparables. El maestro, don Julio, era de temperamento adusto y resentido, secuela del franquismo. Amante del orden y la disciplina a ultranza, no dudaba en emplear métodos drásticos. La menor infracción a las normas implicaba castigos de distinta índole: brazos en cruz con libros sobre las manos, estar de rodillas un rato o, el peor de todos y cruel en extremo, nos obligaba a coger una goma de borrar del cajón de su mesa que él se apresuraba a cerrar con fuerza tan pronto como el cándido alumno metía su mano. En su descargo se puede alegar que había sufrido un accidente con el coche, un viejo trasto, y quizás las heridas en la cabeza lo convirtieron en una persona recelosa y vengativa. Propinar una bofetada a los alumnos díscolos y charlatanes de clase era algo habitual e inherente a las tareas docentes. Por regla general, don Julio atajaba el alboroto de raíz con un pescozón. En aquella época, la injusticia siempre quedaba impune. En plena dictadura franquista que los maestros maltratasen a los alumnos no era ninguna

novedad, pese a que soplaban vientos de cambios y de una libertad que el régimen tenía secuestrada.

Nos sentábamos en largos bancos de madera temblando de indignación y de impotencia, pero nuestras lágrimas nunca detuvieron a aquel déspota que se tomaba muy a pecho la menor desconsideración, como si fuera una burla hacia su persona y reaccionaba con toda la vileza acumulada. Mi hermano era muy aplicado y en clase se esforzaba en aprender las lecciones. En cambio, yo me entretenía mirando las moscas que volaban ajetreadas de un lugar a otro, hasta quedar enganchadas en alguna telaraña. Ignoro el motivo por el que cogí manía a tales bichos, pero tan pronto como aprendí a cazarlas al vuelo, las atrapaba con frenesí, les arrancaba las alas y las soltaba tambaleándose por el pupitre.

Con la llegada del buen tiempo, los días se iban alargando y, a la sazón, empezaban las vacaciones de verano. Atrás quedaban los apuros escolares, verdadero suplicio. Entonces buscábamos lugares más alejados para nuestros juegos. Éramos unos chiquillos y por eso aún no pensábamos en asuntos de faldas. No queríamos ni oír hablar de las mujeres ni de sus tejemanejes. Una tarde jugábamos al fútbol junto al canal. Éramos tres, pese a que mi hermano jugaba por compromiso puesto que el fútbol no le agradaba. Luis era alérgico al deporte en general y tenía fobia al fútbol en particular. Allí conocimos a Irene, que iba a la escuela de niñas, aunque no se pareciese en nada a las otras chicas. Era alta, delgada, con las piernas largas llenas de magulladuras... y unos ojos verdes preciosos que apenas se vislumbraban entre los mechones oscuros que le tapaban la cara. Vagaba por allí sola. El balón fue hacia ella milagrosamente, como si hubiera sido atraído por una misteriosa fuerza. Nos lo devolvió con un impresionante chut.

-¿Queréis que juegue con vosotros? –sugirió con una sonrisa.

-¿A fútbol? –pregunté yo socarrón.

Nos extrañaba que una chica tan bonita quisiera jugar a ese deporte tan masculino.

-Mira, somos tres –intervino Pedro-. Nos falta uno para jugar en parejas. ¿Sabes tocarla?

-Un poco –afirmó Irene encogiéndose de hombros.

-¡No importa! Tú y yo formaremos equipo –le propuso Pedro, el mejor de aquel trío de mocosos.

Y así empezó el partido. De repente Irene me birló la pelota. Traté de recuperarla en vano. Me hizo un par de regates, a pesar de mis esfuerzos para no hacer el ridículo. Juro que nunca había visto a nadie jugar tan bien a fútbol. Nos dejó a los tres encandilados y con un palmo de narices. Después de tan viril demostración, Irene se ganó nuestro respeto. Desde entonces la pandilla aumentó a cuatro miembros unidos por una firme amistad.

De hecho Irene nos enseñó a vivir de una forma más emocionante. Era decidida y enérgica, y por más que sus padres procuraban inculcarle modales femeninos, no lo conseguían. Ella necesitaba acción, moverse con libertad en pos de aventuras. Con Irene no existía el aburrimiento. Cruzábamos los prados y desafiábamos las normas. Aún recuerdo el día que nos subimos a un cerezo.

-¿Pero qué haces? –la increpó mi hermano-. Ese árbol no es tuyo.

-Es de mi tío –dijo con tanta convicción que nadie se atrevió a replicar ni a rebatir sus palabras-. Podéis coger tantas como queráis.

Nosotros, bobos, nos lo creímos a pies juntillas. Pese a tener la misma edad, Irene era más espabilada, tal vez porque las mujeres maduran más rápidamente o quizá porque la vida la había obligado a crecer más deprisa. El caso es que nos hartamos de cerezas. Al cabo de un rato vimos a un agricultor que llegaba blandiendo un bastón en el aire.

-Mira, Irene –le indiqué confiado-. Por allí viene tu tío a saludarnos.

-¿Qué tío? –se extrañó ella lista para huir-. ¡Corred, no tengo tíos!

-¡La madre que os parió! –gritaba irritado el campesino-. ¡Como os pille, ya veréis, ya!

Huimos por piernas del furioso campesino que nos perseguía gritando como un poseso. Cuando al fin nos detuvimos, lo habíamos perdido de vista. Resoplamos aliviados, sanos y salvos.

-Sois demasiado confiados –nos recriminó Irene-. Unos pardillos.

-¡Qué cara más dura! –protestó mi hermano-. Aquel agricultor ha estado a punto de molernos a palos por culpa tuya.

-¡Para el carro, chaval, o te hago una cara nueva! –le espetó ella.

-¡Qué humos! ¡Tiene malas pulgas la niña! –exclamé en tono conciliador tratando de quitarle hierro al asunto con una pizca de humor-. ¡Luis eres un gallina!

Reímos a carcajadas. Nos sentíamos más vivos que nunca. Más tarde, empapados de sudor enfilamos hacia casa, caminando plácidamente por la senda que avanza paralela al canal.

-¿Y si nos damos un chapuzón? –propuso entonces Irene-. Hace mucho calor.

-Yo no llevo bañador –objeté con vergüenza.

-¡No seas tonto! –me soltó con un ademán burlón.

Dudábamos.

Pero ella ya se había despojado de la ropa y se había lanzado al agua. Era la primera vez que veíamos a una niña totalmente desnuda. El descarado comportamiento nos pilló desprevenidos. Pero nos encantó y no lo pensamos dos veces. Nos bañamos como ella, tal como nuestras madres nos trajeron al mundo. Después nos secamos retozando al sol, tumbados sobre la hierba observando el cielo y buscando formas en las nubes que parecían de algodón, ingenuos, libres como el aire que respirábamos. Tanto nos gustó la experiencia que la repetíamos a menudo. Corríamos la ciruela, el albaricoque y el níspero de las fincas de las afueras y a continuación nos bañábamos desnudos en el canal. Niños haciendo cosas de niños. Éramos felices, disfrutábamos de la ingenuidad de la infancia, del candor que hace olvidar las penas y sinsabores. Entonces no había móviles, ni ordenadores, ni videojuegos. Eran otros tiempos. Eran tiempos de calle, de inocencia, de grata fantasía en los que se dejaba volar la imaginación rodeados de naturaleza porque soñar era y continúa siendo gratis.